



Retiro de oración – Diciembre 2021

Tema 3. Pasión por la salvación de los hombres

Es difícil para cualquiera de nosotros pensar en un cielo en el que no estuvieran todos los que, a lo largo de esta vida, hemos conocido y querido. ¿Podríamos llamarlo plenamente cielo si algunos de nuestros amigos o familiares no gozaran, al final del tiempo, de la gloria de Dios de la que estamos llamados a participar sus hijos? ¿Cómo afrontar algo así? ¿Cómo pensar que aquellos que no han gozado de ninguna forma de consuelo humano en la tierra no puedan disfrutar tampoco de su mimo celeste? Asumiendo el misterio de la eternidad, que nos supera en esta existencia finita, del amor misterioso de Dios y su sabiduría que lo conducen todo hacia la plenitud, solamente ese humano pensamiento ya nos tiene que suponer una motivación preciosa para empeñarnos en buscar la salvación de todos los hombres, una motivación sellada con la voluntad de Cristo, que, además, se convierte entonces en la nuestra: lo que Dios quiere es *“que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”* (1Tim 2,4). Pero no podemos dejar eso para el mañana, tenemos que buscarlo ya en el hoy, en la vida presente.

El retiro de este mes quiere hacer crecer en nosotros esa pasión del Señor por la felicidad eterna de todos, pasión que le llevó a entregarse por nosotros, y que nos muestra también el camino de colaborar con Él. Encontramos constantemente en el evangelio las ansias de Jesús por predicar a unos y otros, por ir de aquí para allá, sin detenerse para que todos conozcan de su voz la novedad que trae el Reino, la esperanza de salvación que florece en medio de las dificultades de cada día. Estas ansias tuyas lo llevan a no temer ser tratado de loco (Mc 3,20) o ser despreciado por no privilegiar a sus vecinos (Lc 4,23). No hay más motivo para cada nuevo sacrificio que Jesús hace en su vida, que llevar el evangelio a todos, que ofrecer la alegría de la salvación a todos. Su hacer está, en todo caso, lejos de un vano activismo, superficial e impropio: Jesús sabe cuándo toca hacer y cuándo parar, cuándo ir él y cuándo enviar a otros, sabe en qué lugar tiene que estar y a cuáles no debe ir.

¿Me interesa la salvación de los demás? ¿Comprendo y vivo consciente de que mi salvación no es mía, es nuestra? ¿Me fijo en cómo busca Jesús la salvación de los demás? ¿Cuáles son mis sacrificios por esa salvación? ¿Asumo un rol cómodo en la vida de la Iglesia, que me gusta, o soy capaz de, como Jesús, aceptar las necesidades y circunstancias de cada momento?

Nos bastaría contemplar a Jesús en los capítulos centrales de cada evangelio, cuando su tarea es llevar la buena noticia, para hacer el retiro mensual y descubrir que su actitud y la nuestra están lejos, que el anuncio del evangelio no es una cuestión de milagros, sino de veraz entrega generosa por amor de Dios. Pero, la convivencia cercana de los discípulos con Jesús nos puede venir bien también para la oración de hoy. Ellos no tienen, a lo largo de su tiempo juntos, la misma pasión de Jesús por el evangelio. Ellos mismos se sienten extraños muchas veces ante las palabras de Jesús, ante sus formas o esfuerzos (Mt 19,25; Mc 9,32-34; Lc 12,41). Le siguen a distancia, no captan la urgencia del mensaje ni la necesidad de hacer tantos sacrificios: su religiosidad está llena de buenas intenciones, pero falta de amor y de intensidad. La muerte y resurrección de Jesús será necesaria para cambiar su actitud ante lo que han vivido: podemos decir que lo que habían visto durante el tiempo de la predicación no los había conmovido suficientemente. La Pascua los pone en evidencia, manifiesta su falta de fe y a la vez activa en ellos la voluntad de obrar según la enseñanza y el mandato de Jesús que, ahora sí, se vuelve palpable e impactante. ¿Cómo permanecer displicentes entonces?

Los mismos discípulos comienzan discursos que sorprenden a propios y extraños, con gran poder y fuerza, con verdad y elocuencia (Hch 4; 5,17). Son los pescadores, pero han sido revestidos de una luz que los ha hecho ponerse a disposición del Espíritu Santo, como hizo Jesús. En esos discursos, los discípulos no se comportan como charlatanes, sino que emplean la Sagrada Escritura dentro de la tradición de Israel y a partir de la Pascua: no son teólogos por estudios, pero sí lo son por experiencia de fe y oración. Han aprendido que seguir a Jesús conlleva vivir con el corazón abierto a su santa voluntad y a sus

misteriosos caminos. Por eso impactan a la gente, por la verdad de lo que dicen, más incluso que por venir de personajes aparentemente incapaces. Hay complejos que necesitan ser vencidos para hablar de Jesús. Junto a esa victoria, es necesaria una humilde actitud de silencio, que no juzgue sino que sepa también sembrar y esperar.

*¿Cuándo experimento yo mayor pereza para vivir la fe o para hablar de ella a otros?
¿En qué momento estoy ahora mismo? ¿Reconozco mi debilidad ante lo grande del mensaje y hago lo posible por paliar carencias, o me acomodo con mi discurso de siempre? ¿Quién necesita más de mí ahora una palabra de fe? ¿Quién puede ofrecerme a mí la palabra de fe que necesito, no la que quiero?*

Porque asumir la misma pasión de Jesús en el evangelio para ser apóstol y misionero conlleva multitud de idas y venidas. A veces, estas idas y venidas son físicas: me puede costar ir a una actividad, a una charla, a una reunión, igual no me apetece ir porque hace mal tiempo, o porque lo que se me pide es lejos... aprender a no escatimar en esfuerzos físicos por el evangelio tiene mucha importancia. La pasión de Jesús ha sido también algo físico, desde la encarnación hasta la muerte: los discípulos han asumido que esto les comprometía también. Él no ha dejado el evangelio para sí mismo, o para donde no cuesta ir. Así, se han lanzado a una tarea que han realizado en la misma ciudad de Jerusalén, pero que los ha llevado también a otros lugares. No han querido todo hecho, lo han ido haciendo. Y en esa actitud abierta han manifestado su inmenso amor a Jesús, su unidad con la voluntad salvífica de Cristo.

Los discípulos relatan en los Hechos de los apóstoles y en las cartas paulinas su actividad misionera, con los de cerca y con los de lejos. Ni el desinterés ni las limitaciones físicas, cada vez mayores, son decisivas a la hora de decidir qué hacer. La tarea del evangelio no se guarda para los momentos en los que todo es perfecto, sino que se comunica en medio de la vida cotidiana, en las cosas que todos hacen. Esperar a unas condiciones ideales para hablar de Jesús, o para ir a hablar o a que nos hablen de Jesús puede no ser una buena señal y, desde luego, no se corresponde con el poder de la palabra de Dios, que no siembra sólo en condiciones idóneas, sino en todo tipo de campos y caminos.

*¿Cómo valoro la acción de los discípulos, a pesar de sus debilidades, físicas o técnicas?
¿Cuáles son mis mayores impedimentos en ese sentido? ¿Puedo reconocer de qué forma me va cambiando el evangelio y cómo ese cambio beneficia a otros? ¿Dónde tendría que haber ido por amor de Dios y no lo he hecho? ¿O dónde sí he ido?*

Pero, también en ocasiones, las idas y venidas por la pasión del evangelio no son físicas, son espirituales. La fe es también un conocimiento que se va aprendiendo poco a poco: y por eso mismo, va cambiando, va influyendo, sobre nuestra forma de pensar y de decidir. Va ayudándonos a afrontar diversas circunstancias y nos va moviendo interiormente para dar pasos en otro momento impensables. Si la fe no nos mueve en nuestro pensamiento, no provoca nuestras ideas, no nos inquieta en nuestras seguridades sociales, políticas, económicas o de ocio, o no es fe o estamos muertos, porque la fe y el deseo de anunciar el evangelio no busca nunca una conversión del otro sin una constante intención de propia conversión. La propia vida tiene que experimentar idas y venidas cuando el evangelio nos empuja a ir donde nada nos llama la atención, o hacia alguien que no nos interesa, o a emplearnos en una tarea de difícil futuro. La fe nos motiva constantemente a afrontar dificultades, aunque muchas veces renegamos de ellas o preferimos que otros sean los que las afronten, que nosotros ya tenemos las nuestras, y así, la salvación de los demás, que conozcan la fe, se convierte en fuerza que nos impulsa a mirar con alegría y esperanza las circunstancias que nos quieren cambiar y mejorar en la vida antes incluso de tocar al corazón de otros.

Los discípulos aceptan con gusto ser perseguidos, ser encarcelados, ser expulsados de sus tierras o de ciudades libres (2Cor 7,5; 11,16). Pretender, tanto física como espiritualmente que todo sea siempre igual es caer en una trampa de la que no resulta fácil salir porque ha afectado a nuestra voluntad y ha protegido a esta con multitud de razones de nuestra inteligencia para “vivir tranquilos”. Las necesidades de los demás, su sufrimiento, su tristeza, intentan alcanzar nuestra voluntad para debilitarla, pero necesitamos constantemente de la experiencia de la pascua, de la pasión del Señor, para reconocer su inmenso sacrificio, su deseo constante de peregrinar con nosotros y de guiarnos a una mayor entrega por el evangelio y a una mayor comunión con Él.

¿En qué aspectos “vivo tranquilo”? ¿Quizás no debería ser así? ¿Me inquieta que la salvación de los otros se dificulte por mi comodidad o desinterés? ¿Cómo acepto que el evangelio quiera sacarme de mí mismo cada domingo, cada día en misa? ¿Deseo acoger esa propuesta? ¿Por dónde me va llevando la fe que no se corresponde con lo que yo esperaba o calculaba?